

[Dossier]

## La otra fundación de la literatura de Malvinas: *Primera línea* de Carlos Gardini, identidad y biopoder

EXEQUIEL SVETLIZA

Universidad Nacional de Tucumán (UNT)

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto Interdisciplinario de Literatura Argentina y Comparada

Argentina

✉

Fecha de recepción: 02/10/2018

Fecha de aceptación 29/11/2018

**Resumen:** Los estudios literarios y la crítica han tendido a canonizar la génesis de la narrativa ficcional argentina sobre la Guerra de Malvinas con la novela *Los pichiciegos* de Rodolfo Fogwill; obra escrita durante el transcurso del conflicto bélico y publicada recién un año después. Sin embargo, contemporáneo a la novela de Fogwill y publicado incluso antes que esta, el cuento *Primera línea* de Carlos Gardini también puede reclamar esa categoría de relato fundacional del corpus. Analizado minuciosamente, podemos encontrar en el texto de Gardini, de la misma manera que muchos lo han hecho en *Los pichiciegos*, lecturas anticipatorias de lo que sería la postguerra para los principales protagonistas del conflicto bélico. En este caso, partimos de la noción de biopolítica planteada por Michel Foucault para estudiar la forma en que el protagonista de este relato de ciencia ficción se deshumaniza progresivamente hasta convertirse en un instrumento bélico. La guerra y el poder que ejerce el Estado sobre los cuerpos de los combatientes obligados a pelear en las islas ponen en escena la problemática identitaria de los soldados; problemática central dentro del corpus.

**Palabras clave:** Guerra – Ficción – Poder.

[Dossier]

### The Other Foundational Narrative of the Literature on Malvinas: *Primera Línea* by Carlos Gardini, Identity and Biopower

**Summary:** Literary studies and critics have tended to canonize the novel *Los Pichiciegos*, by Rodolfo Fogwill, as the origin of Argentinean fictional narrative on the Malvinas war. This piece was written during the course of the war and published a year later. However, the short story *Primera línea* by Carlos Giardini, contemporary to Fogwill's work, even published before it, could also be claimed as a foundational narrative of the *corpus*. Analyzed in detail, we can find in Giardini's work, in the same way as many have done in *Los pichiciegos*, anticipatory signals of what the postwar would be like for the main actors of the military conflict. In this case we start from the notion of biopolitics proposed by Michel Foucault, to study the way in which the main character of this science fiction story progressively dehumanizes himself until he becomes war weapon. The war and the power that the State exerts on the bodies of the combatants obliged to fight on the islands, bring to the scene the identity problem of the soldiers, a central issue within the corpus.

**Keywords:** War – Fiction – Power.

El mito largamente difundido dentro de la literatura argentina establece que la novela *Los pichiciegos* (Fogwill 1994) se escribió en junio de 1982, incluso antes de que terminaran los combates en las islas Malvinas. De ahí que se le atribuya a Rodolfo Fogwill la primera narración de ficción que representó aquella guerra y, como tal, la génesis de un corpus de relatos que actualmente conforman una prolífica tradición en nuestra literatura. Ese mito literario —que el propio autor contribuyó a generar y propagar— asegura que Fogwill escribió la novela en un par de días con una cantidad imprecisa de cocaína como combustible creativo. El escritor y crítico Carlos Gamerro insiste sobre la cuestión de la cocaína y la velocidad con que Fogwill dijo haber escrito su novela (según declaraciones del propio autor en distintas entrevistas, la cantidad de cocaína varía entre 3 y 21 gramos y el tiempo de producción entre dos y medio y ocho días). Si bien el dato de la droga es anecdótico, lo relevante es el apuro de Fogwill por terminar su obra antes de que concluyera la guerra y que fuera rápidamente leída. Gamerro —aunque descrea de la posibilidad de que la novela haya estado lista antes de la finalización del conflicto bélico— atribuye la prisa de Fogwill a la necesidad del escritor de adelantarse a los relatos testimoniales que habrían de surgir inmediatamente después de la guerra:

*A Los pichiciegos* la escribió rápido porque tenía que terminarla antes de que terminara la guerra, y alguien con una inteligencia tan poco atada a nada como la suya sabía que ésta duraría lo que un suspiro. Fogwill, en esos días de mediados de junio, se da cuenta de que debe llegar a la meta antes que los ingleses. Y no sólo tiene que terminar la novela antes, debe darla a leer, debe tener testigos de su hazaña (2015: 444).

Por su parte, el propio Fogwill también había destacado esa urgencia por que su obra fuera leída rápidamente:

En aquel momento con mi omnipotencia característica creía que *Los Pichiciegos* se iba a publicar inmediatamente, pero pasó un año y medio. Por suerte lo leyó mucha gente en pocas semanas. Yo quería que se leyera y que se leyera rápido para cerrar de una vez y con llave los relatos de esta guerra (31 de marzo de 2007:15).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Entrevista a Rodolfo Fogwill en *Revista Ñ*, 183, 31 de marzo de 2007.

La novela se publicó recién en diciembre de 1983,<sup>2</sup> más de un año después del conflicto bélico, pero algunos ejemplares de la obra circularon entre críticos y periodistas en aquellos dramáticos días de junio de 1982, configurando ese mito de origen de la literatura de Malvinas. En *Los pichiciegos*, Fogwill representa a un grupo de soldados argentinos desertores —autodenominados «pichis»— que durante el conflicto bélico forman una pequeña sociedad subterránea en las islas con el único afán de sobrevivir, no sólo al ejército inglés, sino también —y principalmente— a los oficiales argentinos. Ajenos a cualquier tipo de épica guerrera y a los valores patrióticos encarnados por el discurso nacionalista en la causa Malvinas, los «pichis» se representan como parte de un sistema mercantilista en donde deben negociar con sus supuestos enemigos —al evitar la confrontación y la identificación con alguno de los bandos, podemos decir que no hay auténticos enemigos— para poder sobrevivir. En la guerra que *Los pichiciegos* representa, la lógica de la defensa de los justos intereses de la patria es reemplazada por la lógica empírica de la supervivencia.

Como se ha destacado en la mayoría de los estudios que han abordado el corpus narrativo de Malvinas,<sup>3</sup> con su representación de la guerra, la novela de Fogwill sienta precedentes. La obra se vale de recursos estéticos (la parodia, la ironía, el humor, la carnavalización), tonos (lo farsesco, la antiépica) y tópicos (la figura del desertor, las apariciones fantasmales) que encuentran su continuidad en la literatura posterior sobre el conflicto bélico. Aun cuando demos por válida la hipótesis de que Fogwill escribió su novela antes de la rendición de las tropas argentinas en las islas y adelantó en la ficción el desenlace de la guerra, lo destacable de su praxis literaria no responde ciertamente a una virtud profética, sino a la gravitación que tendrá *Los pichiciegos* como un relato modelo para los autores que abordaron después la cuestión. En otras palabras, Fogwill funda una manera de narrar la Guerra de Malvinas a la que podemos caracterizar como la forma predominante dentro de los relatos del corpus: la guerra narrada como una farsa donde no cabe la épica militarista y guerrera; una guerra sin héroes.

Mucho más relegado en las revisiones críticas y los estudios literarios, hay otro relato que también puede reclamar esa condición de relato fundacional: el cuento *Primera línea* (Gardini 1983). En 1982, el texto de Carlos Gardini obtuvo

---

<sup>2</sup> La primera edición de la novela es de *Ediciones la Flor: Los Pichy-cyegos. Visiones de una batalla subterránea* (Fogwill 1983).

<sup>3</sup> Entre algunos de los artículos y estudios más relevantes de la literatura de Malvinas pueden mencionarse: Kohan (1999 y 2014), Blanco, Imperatore y Kohan (1994), Sarlo (1994), Schwartzman (1996), Vitullo (2012) y Segade (2014).

el principal galardón en el Primer Concurso de Cuento Argentino organizado por el Círculo de Lectores, por entonces, uno de los certámenes literarios más prestigiosos del país. En esa oportunidad, el concurso contó con la participación de Jorge Luis Borges, Josefina Delgado, José Donoso, Jorge Lafforgue y Enrique Pezzoni como jurados. Como hemos visto, Fogwill escribe su novela de forma simultánea al transcurso de la guerra, pero esta se publica bastante tiempo después, por lo tanto, lo más probable es que el cuento de Gardini haya llegado antes a los lectores. En todo caso, lo importante es que estas circunstancias nos permiten presuponer que resulta muy difícil que Gardini haya podido leer la obra de Fogwill antes de escribir su cuento. Se trataría entonces de dos relatos contemporáneos y desconocidos entre sí que inauguran, cada uno por su cuenta, la narrativa ficcional de Malvinas.

### **Guerra, biopoder e identidad**

El cuento iniciático de Carlos Gardini puede leerse como el relato en negativo de *Los pichiciegos*: si los «pichis» de Fogwill desertan y sustraen sus cuerpos a la guerra, los soldados de Gardini se reciclan; metamorfosean sus cuerpos en herramientas bélicas. El escritor apela a la ciencia ficción como género para representar la faceta más cruenta de la guerra: la de sus consecuencias destructivas en los seres humanos. El cuento narra la historia del soldado Cáceres que resulta desmembrado de sus brazos y piernas por una bomba enemiga —en el texto no se menciona nunca a Malvinas, pero las descripciones actúan como deícticos inconfundibles que ubican al lector en el contexto de las islas— y que luego se reincorpora al ejército argentino como un integrante del grupo especial de combate MUTIL (Móvil Unitario Táctico Integral para Lisiados). Con lo que queda de su cuerpo incorporado a una maquinaria de guerra que le permite volver al frente de batalla al mando de una especie de robot militar, el protagonista se deshumaniza progresivamente para convertirse en un instrumento bélico.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Esta especulación científicista propia del género de ciencia ficción nos recuerda al robot humanoide de *RoboCop*, el famoso film estadounidense dirigido por Paul Verhoeve y estrenado en julio de 1987 (la saga se continúa después con dos películas más). En el film, el policía de Detroit Alex Murphy es asesinado brutalmente por una banda de delincuentes en una emboscada. Lo que queda de su cuerpo mutilado es convertido luego en un *cíborg* (un organismo cibernético, es decir, un ser formado por la combinación de materia viva y dispositivos electrónicos) llamado *RoboCop* (Robot Policía). Un relato similar encontramos en la

En la especulación ficcional que propone el relato, la figura del soldado Cáceres cumple de manera paradigmática con los principales presupuestos de la noción de biopolítica planteada por Michel Foucault (1975-6). El filósofo vislumbra un fenómeno que se da a partir del siglo XIX al que llama estatalización de lo biológico, proceso donde el poder se hace cargo de la vida de los sujetos. En este proceso histórico, encontramos en una primera instancia a un poder soberano —esencialmente monárquico— que tenía la potestad de hacer morir, o bien, dejar vivir a sus súbditos. Luego, a partir del desarrollo científico y tecnológico —principalmente de la medicina—, el poder político asumirá la capacidad de hacer vivir:

Más acá de ese gran poder absoluto, dramático, hosco, que era el poder de la soberanía, y que consistía en poder hacer morir, he aquí que aparece, con la tecnología del biopoder, un poder continuo, científico: el de hacer vivir. La soberanía hacía morir o dejaba vivir. Ahora en cambio aparece un poder de regulación, consistente en hacer vivir y dejar morir (1975-6(1996):199).

De acuerdo con la perspectiva teórica de Foucault, el poder estatal tendría autoridad suficiente como para ejercer un relativo control sobre los cuerpos de las personas. El biopoder se manifiesta, precisamente, en esa posibilidad de regular la vida, en otras palabras, de hacer vivir. Entonces, el fin de la vida, supondría, a su vez, el fin de ese poder estatal sobre los sujetos que, al morir, se liberarían definitivamente de él:

Desde que el poder es cada vez menos el derecho de hacer morir y cada vez más el derecho de intervenir para hacer vivir, sobre el cómo de la vida, de intervenir para mejorar la vida, para controlar sus accidentes, los riesgos, las deficiencias, entonces, por esto mismo, la muerte entendida como el fin de la vida es el fin del poder, la terminación, el extremo del poder. La muerte se ubica entonces en una relación de exterioridad respecto al poder: es lo que sucede fuera de su capacidad de acción, es aquello sobre lo cual no puede actuar sino global o estadísticamente (*Ibíd.*:200).

Siguiendo la propuesta de Foucault, podemos pensar que el gobierno militar, al enviar al soldado Cáceres a la guerra, ejerce —a la manera del antiguo Estado

---

película *Soldado universal* (1992, dirigida por Roland Emmerich), donde dos soldados caídos en la guerra de Vietnam son congelados y luego resucitados por científicos del ejército de los Estados Unidos, quienes los transforman en una especie de super-soldados.

soberano— su potestad de hacer morir a parte de la población civil subordinada a su poder (que se ejerce, en este caso, a partir de la ley de servicio militar obligatorio).<sup>5</sup> Sin embargo, la ficción propone el ejercicio del biopoder porque, en el cuento, es el Estado militar quien le posibilita al protagonista no sólo continuar con vida, sino también restituir los miembros que ha perdido en el campo de batalla. La tecnología le permite recuperar brazos y piernas por medio de nuevas extremidades mecánicas, pero no para reincorporarlo otra vez a la sociedad civil como un sujeto íntegro, sino para transformarlo en un arma. Los MUTIL son el resultado del ejercicio de la biopolítica militar, ya que los soldados son recuperados y reclutados nuevamente para ser reutilizados en el escenario bélico:

Estaban allí porque los mutilados eran una carga en la paz, una pensión costosa para el Estado, una aflicción para los parientes, muertos en vida. Pero tenían algo más, mucho más que los enteros. Tenían temple. Se habían templado como acero en el fuego de la batalla. Templado como acero, repetía, como si él hubiera descubierto la frase. Estaban allí porque él iba a hacerles parir al héroe que tenían adentro. No eran la resaca sino la élite. El que no pensara así podía pedir la baja y pudrirse en la vida civil, una vida de llantos, pensiones y recriminaciones sordas (Gardini 1983).

El poder militar hace vivir para continuar su dominación sobre los cuerpos, ahora mutilados, de los soldados que representan una carga para la sociedad civil, pero que, sin embargo, aún pueden servir como componentes de la maquinaria bélica. La lógica del Estado para ejercer el poder biológico es una lógica netamente económica: como civiles, los combatientes suponen un costo excesivo, pero, gracias a la tecnología, resultan baratos como armas de guerra:

---

<sup>5</sup> En el año 1901, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, el entonces ministro de Guerra Pablo Riccheri estableció el Servicio Militar Obligatorio en la Argentina (Estatuto Militar Orgánico, ley 4.301). Entonces, las Fuerzas Armadas reclutaban a ciudadanos de entre 20 y 21 años, y la instrucción militar duraba entre 18 y 24 meses. Luego, como explica Rosana Guber (2001), la ley fue modificada: en 1973 una reforma al servicio militar modificó la edad de sorteo, que pasó de 21 a 18 años, lo cual redundó en que el cumplimiento efectivo de la conscripción tuviera lugar a los 19 años. Los soldados que fueron a Malvinas pertenecían en general a dos «clases» o promociones. Los nacidos en 1962, que contaban con 20 años en 1982, ya habían concluido el servicio cuando fueron convocados nuevamente en los primeros días de abril. En cambio, quienes pertenecían a la clase 1963 habían entrado entre enero y febrero al servicio, de modo que cuando fueron destinados al teatro de operaciones contaban con aproximadamente 19 años y con un promedio de tres meses de instrucción militar.

Utilizaban la última tecnología médica en materia de prótesis, decía el capitán, y en ese énfasis se notaba la pobreza, la sofisticación de la pobreza. Una unidad MUTIL era mucho más costosa que un infante, pero menos que un blindado; como arma antipersonal era mucho más rentable que una bomba de alta potencia, y mucho más barata que un avión derribado (*Ibíd.*).

El carácter instrumental de los soldados en el cuento de Gardini tiene su correlato en la tradición del servicio militar obligatorio que se ve reflejada en el apelativo usado en las Fuerzas Armadas para referirse al conscripto: colimba (abreviatura despectiva de «corre, limpia y barre»). Pero también —y principalmente—, en el discurso social que se configuró inmediatamente después de finalizado el conflicto bélico. Ese discurso responsabilizaba a la Junta Militar de haber emprendido una aventura irresponsable, en la cual los jóvenes conscriptos habían sido utilizados como carne de cañón. En la movilización de protesta que se realizó en Plaza de Mayo una vez que se conoció la rendición de las tropas argentinas en Malvinas, uno de los cantos que más se repitieron fue el que denunciaba: «Galtieri, borracho, mataste a los muchachos». En el relato histórico, el Estado hace morir; en la ficción, hace vivir. En ambos casos, subyace la imagen de los soldados como instrumentos sin voluntad propia.

El pasaje de soldado a herramienta bélica aparece representado en el cuento como una pérdida progresiva de la identidad del protagonista. Esa desintegración gradual del sujeto se produce en distintos niveles. En un comienzo es física:

Cuando pensaba que tenía que seguir viviendo se preguntaba cuál era la parte amputada, si él, eso que quedaba de él, puro muñón, o las piernas o las manos perdidas. ¿Qué le habían serruchado a qué? Había descubierto que uno era cosas que podían dejar de ser uno. Esas cosas no eran uno cuando se pudrían bajo la lluvia o la nieve en un fangal sanguinolento o entre desechos de hospital. ¿O sí eran uno? ¿Cuál era la parte mutilada? ¿Cuál era él? (Gardini 1983).

Luego, el protagonista pierde la memoria: «No me acuerdo —dijo—. Y era cierto, no se acordaba. Algo había muerto dentro de él. O quizás el recuerdo estaba en sus piernas o manos perdidas» (*Ibíd.*). Y también el nombre: «Era raro, porque a un soldado MUTIL nunca lo llamaban por el nombre, nunca lo

llamaban: le dictaban órdenes por radio, pero las órdenes eran voces grabadas, porque más que órdenes eran exhortaciones rítmicas, música de ballet» (*Ibíd.*).

Como han destacado distintos teóricos al analizar la cuestión de la identidad,<sup>6</sup> puede distinguirse en esta una dimensión individual y otra colectiva. De acuerdo con este tipo de perspectiva, cada sujeto posee su propia identidad que lo caracteriza e individualiza, pero también reconoce la pertenencia a una identidad mayor; una identidad colectiva. Claudio Lomnitz relaciona este tipo de formulaciones respecto a la identidad con la concepción del valor de las mercancías dentro del capitalismo:

(...) Para Marx, cada mercancía tenía un valor de uso, que le era específico y único, y un valor de cambio, que representaba el valor socialmente reconocido, determinado por el trabajo que tenía incorporado. De manera análoga, la identidad individualista se concibe como un conjunto de propiedades único, que reside en el individuo y que se va fijando en una trayectoria de vida, pero estas propiedades tienen a la vez un aspecto compartido, que se manifiesta en la vida asociativa de la gente, en la organización de la sociedad en grupos, que se encuentran y reúnen de manera voluntaria, y en la formación de diversas conciencias identitarias de grupo (2002: 130).

El protagonista del cuento no sólo pierde gradualmente aquellos atributos que determinan su identidad individual (su cuerpo, su memoria, su nombre, etc.), sino que se borran también en él las marcas de una identidad colectiva que posibilitan una identificación nacional. En su recuerdo, los símbolos de la patria se vuelven un significativo vacío que le generan indiferencia, o bien, risa: «El soldado Cáceres miraba la bandera y buscaba en su memoria, buscaba algo que lo arrancara del sopor, algo que rompiera todos los vidrios. Un día recordó la letra de "Aurora" y le causó gracia» (Gardini 1983). Los MUTIL han dejado de ser

---

<sup>6</sup> La dimensión colectiva de la identidad ha sido analizada y conceptualizada desde diferentes disciplinas. En la etnografía, se destacan los aportes realizados por Frederik Barth (1976), quien concibe la identidad étnica a partir de las distintas formas de interacción social. Desde la psicología social, Henri Tajfel y John Turner (Morales y Huici 1989) han desarrollado la teoría de la identidad social. En términos generales, esta teoría explica los fundamentos psicológicos a partir de los cuales los miembros de un grupo se comparan con otros para definir positivamente a su propio grupo. Por su parte, el concepto de identidad colectiva ha sido particularmente relevante dentro de los estudios culturales, donde podemos destacar las obras: Stuart Hall y Paul du Gay (1996), Roger Brubaker y Frederick Cooper (2002), Samuel Huntington (2004) y Alejandro Grimson (1999 y 2011); entre otras.



soldados para convertirse en armas. Sus identidades han devenido en valores dentro del mercado bélico; valores instrumentales. No tienen nombres, ni recuerdos, ni un pasado; son hijos de la guerra y no parecen tener otro futuro que no sea el de cumplir su función bélica en el campo de batalla:

Muchos ya tenían el suicidio pintado en la cara. Los restantes sólo esperaban el momento de matar y mutilar. Cuando hablaban, si hablaban, nunca se preguntaban dónde habían estado antes, cómo los habían herido. Antes no habían existido. Sólo ahora se estaban pariendo (Gardini 1983).

Una vez en combate, para Cáceres las acciones militares se vuelven rutinarias. Se repite regularmente la misma secuencia: despegue, vuelo en línea recta, descarga del material (las bombas) y compás de espera. Del protagonista se dice: «el soldado Cáceres era un Cáceres entre muchos». Los MUTIL son la avanzada del ejército y constituyen una masa indiferenciada de robots; de máquinas bélicas. Muchos son abatidos o se estrellan contra las montañas, mientras aquellos que sobreviven esperan en la nieve que les recarguen el combustible para volver a salir en una nueva misión igual a la anterior. La acción es siempre cíclica y mecánica. El escenario, una especie de espectáculo futurista de destrucción: «A lo lejos, en el horizonte de humo, helicópteros en llamas caían del cielo. Como una lluvia de maná pensó el soldado Cáceres» (*Ibíd.*).

Terminadas las batallas, los soldados MUTIL sobrevivientes son reunidos en un galpón donde un oficial del ejército les da un discurso:

La patria les está agradecida, dijo, y el soldado Cáceres sintió una punzada en el vientre. Pronto habremos conseguido una paz justa, y la patria les está inmensamente agradecida. Una paz justa, pensó el soldado Cáceres sin entender. A través de los ojos empañados aún veía los helicópteros en llamas lloviendo del cielo como maná. Las generaciones venideras, dijo el coronel, conocerán las hazañas de hombres como ustedes, y grabarán sus nombres en el libro de la historia grande de nuestro pueblo (*Ibíd.*).

El discurso del coronel representa la voz del discurso hegemónico, el relato nacionalista que representa a la guerra como una gesta patriótica. Se anuncia una narración heroica que los tendrá como protagonistas del gran relato de la nación. La reacción del protagonista del cuento no se corresponde con una manifestación física de orgullo u emoción, al contrario, es una punzada en el vientre; signo de cierta pesadumbre. Una vez terminado el discurso, un grupo

de mecánicos separa a los soldados de sus unidades MUTIL y procede a desarmarlas rápidamente. La deconstrucción despoja a los combatientes de sus extremidades mecánicas y los deja en sillas de ruedas. Han dejado de ser máquinas bélicas para volver a la condición de mutilados. El discurso del coronel invita a suponer que pronto asumirán la condición de héroes, es decir, una nueva identidad. Sin embargo, el final del cuento da por tierra inmediatamente con esa posibilidad: los mecánicos han rodeado el galpón con explosivos y se disponen a volarlo junto con todas las piezas mecánicas de las unidades desarmadas. Mientras el avión con los oficiales y los soldados lisiados se aleja, Cáceres pregunta qué harán con las unidades MUTIL y un suboficial sonriendo le responde: «Nunca hubo unidades MUTIL. Ahora, chicos, volvemos a casa» (Gardini 1983). Con ese acto, se borra la participación de los combatientes en el conflicto bélico y se anula la posibilidad de configurar un relato heroico. Se produce una nueva pérdida de la identidad que anuncia la falta de reconocimiento que padecerán los soldados en la postguerra; soldados que han dejado de ser armas bélicas para adoptar la condición de «chicos». El relato de Gardini anticipa la desmalvinización futura<sup>7</sup> y la imposición del olvido que determinará una identidad conflictiva en los ex combatientes. El cuento representa la forma en que los jóvenes conscriptos fueron utilizados —y reutilizados en la especulación ficcional que propone el relato— por el gobierno militar en la Guerra de Malvinas. La ficción desnuda la brutalidad de la lógica bélica que des-individualiza a los sujetos. El protagonista de *Primera línea* no

---

<sup>7</sup> La idea de desmalvinizar la cultura nacional fue expresada en marzo de 1983 por el politólogo francés Alain Rouquié en una entrevista realizada por el escritor Osvaldo Soriano para la revista *Humor*. Rouquié —por entonces uno de los intelectuales latinoamericanistas más destacados de Europa— entendía que el olvido del conflicto bélico era necesario para evitar cualquier aspiración de las Fuerzas Armadas de retomar el poder: «(...) pese al antimilitarismo táctico de los últimos tiempos, en abril de 1982 otra vez hubo quienes sacralizaron el ejército. Otra vez con “San Martín, el santo de la espada” y todo eso. Ahora, con este error, esta debacle, esta utilización incalificable de la tropa y el material, puede que se desacralicen las Fuerzas Armadas. Con una condición —que los militares no aceptarán fácilmente—, y que es ésta: quienes no quieren que las Fuerzas Armadas vuelvan al poder, tienen que dedicarse a “desmalvinizar” la vida argentina. Eso es muy importante: desmalvinizar. Porque para los militares las Malvinas serán siempre la oportunidad de recordar su existencia, su función y, un día, de rehabilitarse. Intentarán hacer olvidar la “guerra sucia” contra la subversión y harán saber que ellos tuvieron una función evidente y manifiesta que es la defensa de la soberanía nacional» (Raggio 2008:22). Si Rouquié entendía la desmalvinización como una forma de desmilitarización de la vida política argentina, en la primera etapa de la postguerra el término pasó a referirse a la marginalización y relegamiento de la cuestión Malvinas y de sus protagonistas por parte del Estado argentino.

sólo pierde sus miembros como consecuencia de la guerra, pierde, principalmente, la capacidad de identificarse con una nación que ha elegido ocultar su experiencia.

Las reflexiones recientes acerca de la cuestión de la identidad ponen en la superficie textual una concepción no esencialista de esta categoría. Es decir, la conciben no como una serie de atributos ya dados, sino en permanente transformación. Desde esta perspectiva, Leonor Arfuch afirma que

(...) La identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas —raza, color, sexo, clase, cultura, nacionalidad, etc.— sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporalmente fijada en el juego de las diferencias (2005: 24).

Durante el conflicto bélico, el relato hegemónico propuso una identidad nacional uniforme, basada en la unidad de un pueblo que lucha contra una amenaza exterior. Para comprobarlo, basta con revisar el discurso de los medios masivos de comunicación y las consignas que transmitió entonces la propaganda oficial. Una de las publicidades televisivas más emblemáticas en ese momento tenía por *slogan* «Argentinos a vencer» y mostraba a distintas personas ejecutando diferentes actividades (en uno de los *spots* la protagonista era una maestra y en otro un mecánico). En todos los casos, el anuncio cerraba con la consigna «cada uno en lo suyo, defendiendo lo nuestro». Desde el discurso se representaba la diferencia —de géneros, edades y, principalmente, de oficios y tareas— pero esas identidades individuales encontraban un sincretismo armónico en una identidad colectiva reafirmada como identidad nacional en la idea de «lo nuestro», acompañada por la imagen de la bandera argentina flameando. Esa representación de «nosotros», como una identidad estática e inmutable, era reforzada entonces por la presencia amenazante de la alteridad. Es decir, lo ajeno, lo otro; el «ellos» que representaba el enemigo inglés.

En la emergencia del relato ficcional de la Guerra de Malvinas la cuestión de la identidad fue central, como lo fue también en la mayoría de las obras del corpus que surgieron después. Pero, lejos de esa representación de una identidad homogénea sin conflictos internos que proponían los discursos hegemónicos, las ficciones inaugurales problematizan la cuestión identitaria; la representan en

un estado de crisis donde se reafirma ese carácter siempre mutable del que habla Arfuch. La idea de crisis supone, precisamente, esa transición conflictiva:

La crisis es el período en el cual se produce una sensación colectiva de liminalidad, de algo que ha llegado a su fin, o de que un sentido crucial se ha tornado obsoleto, y no se impone otro régimen de significación que pueda otorgar certidumbres mínimas a la sociedad (Grimson 2011:14-5).

En *Los pichiciegos*, esa crisis se manifiesta en la forma de un vacío identitario. En la novela, la lengua persiste como único rasgo de una identidad que no es homogénea. La ausencia de un pasado y de tradiciones en común hace de los personajes sujetos vaciados de una identidad colectiva. Los sentimientos de pertenencia y la identificación con una nación han sido reemplazados por una identidad colectiva efímera y circunstancial, como es la de la comunidad pichi. Los lazos comunitarios están definidos temporariamente por esas prácticas comunes que les permiten sobrevivir en su exilio subterráneo. Su condición de desertores hace que los «pichis» permanezcan ajenos al juego de diferencias que delimitan los bandos confrontados en la guerra. Si a los personajes de Fogwill los define esa identidad ocasional, en el caso del protagonista de *Primera línea* esta se encuentra en constante redefinición a medida que el personaje se somete a la dinámica bélica: de soldado a mutilado, de mutilado a robot, de robot a héroe, de héroe a chico. El soldado Cáceres se va desintegrando progresivamente como identidad individual, pero también como parte de una identidad nacional; colectiva. La mutilación opera como una metáfora de esa pérdida. Ha sobrevivido sólo para ser reutilizado como un instrumento de guerra. En ese proceso, el relato heroico queda trunco por una operación de ocultamiento del Estado militar que lo utilizó como carne de cañón en la contienda bélica. La ficción proyecta en el futuro próximo esa problemática identitaria: soldado/ex soldado/héroe/chico. El relato plantea el olvido de la experiencia Malvinas y una identidad conflictiva, en plena construcción, preanunciando así el horizonte de la postguerra para los protagonistas. ■

## REFERENCIAS

- ARFUCH Leonor  
2005 *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires: Prometeo.
- BARTH Frederik (comp.)  
1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México DF: Fondo de Cultura Económica.
- BLANCO Oscar, Adriana IMPERATORE y Martín KOHAN  
1994 "Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar (De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas)", *Espacios de crítica y producción*, 13: 82-86.
- BRUBAKER Roger y COOPER Frederick  
2002 "Más allá de la identidad", *Apuntes de Investigación del CECYP*, 7: 30-67.
- FOGWILL Rodolfo  
1994 *Los pichiciegos*, Buenos Aires: Sudamericana.
- FOUCAULT Michel  
1975-6 *Il faut défendre la société*, París: Gallimard, 1997; (tr. esp.: *Genealogía del racismo*. La Plata: Caronte Ensayos, 1996).
- GAMERRO Carlos  
2015 *Facundo o Martín Fierro*, Buenos Aires: Sudamericana.
- GARDINI Carlos  
1983 "Primera línea", en *Cuentos de hoy mismo*, Buenos Aires: Círculo de Lectores; (versión digital en: <http://axxon.com.ar/c-primer.htm> ).
- GRIMSON Alejandro  
1999 *Relatos de la diferencia y la igualdad*, Buenos Aires: Eudeba.  
2011 *Los límites de la cultura*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- GUBER Rosana  
2001 *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HALL Stuart y DU GAY Paul (comps.)  
1996 *Questions of Cultural Identity*, Londres, Thousand Oaks: SAGE; (tr. esp.: *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu. 2003
- HUNTINGTON Samuel  
2004 *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York: Simon and Schuster; (tr. esp.: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Buenos Aires: Paidós, 2004).
- KOHAN Martín  
1999 "El fin de una épica", *Punto de Vista*, 64: 6-11.  
2014 *El país de la guerra*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LOMNITZ Claudio  
2002 "Identidad", en Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós, pp. 129-134.
- RAGGIO Sandra (coord.)  
2008 *Dossier Memoria en las aulas N° 12*, Buenos Aires: Comisión Provincial por la Memoria, Área de Investigación y Enseñanza.
- SARLO Beatriz  
1994 "No olvidar la guerra de Malvinas. Sobre cine, literatura e historia", *Punto de Vista*, 49: 11-15.

SCHVARTZMAN Julio

1996 "Un lugar bajo el mundo: *Los pichiciegos* de Rodolfo Fogwill", *Microcrítica. Lecturas argentinas (Cuestión de detalle)*, Buenos Aires: Biblos, pp. 135-148.

SEGADE María Lara

2014 *La guerra en cuestión: relatos de Malvinas en la cultura argentina (1982-2012)* [tesis de doctorado], Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, disponible en:  
<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/6155?show=full>

TAJFEL Henri y TURNER John

1989 "La teoría de la identidad social de la conducta intergrupala", en José Morales Francisco y Carmen Huici (comps.), *Lecturas de Psicología Social*, Madrid: UNED, pp. 225-259.

VITULLO Julieta

2012 *Islas imaginadas: la guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*, Buenos Aires: Corregidor.